

La música de Jazz

Por Javier Coma

(Continuación)

Las raíces

Los orígenes de la música de jazz se pierden en las regiones del África Occidental durante la época inmediatamente anterior al éxodo de los esclavos al nuevo continente a bordo de los barcos negreros. Existía en el seno de las colectividades africanas una tradición musical íntimamente ligada a los actos trascendentales de la vida. Danza y música no eran consideradas bajo un prisma artístico sino social. No se llevaban a cabo al margen de la vida cotidiana, sino dentro y en función de ella. Eran una versión de la misma en sus momentos esenciales. El trabajo, la guerra, el amor y la muerte iban acompañados, de forma diferente según las tribus, de un canto y una rítmica específica que confluían finalmente en la danza.

Esta música llegó a América con las masas de esclavos importados desde los inicios del siglo XVIII. Al desaparecer, no obstante, las ceremonias de orden social que la engendraban, perdió, poco a poco, vigencia. Más tarde, cuando se institucionalizaron las nuevas condiciones de vida de los hombres de color, revivió lentamente, con nuevos matices, en las comunidades sujetas a la esclavitud. Este renacimiento de la antigua música negra — con un significado distinto, producto de las circunstancias históricas y sociales — se operó a través de diversas direcciones concretizadas en respectivas ramas del folclore afronorteamericano. Las más famosas son las «Work Songs», o cantos de trabajo, los cantos religiosos en sus diferentes manifestaciones («shout», «spiritual», «hot preachin», etc.), y la música de danza. Dedicemos nuestra atención a cada una de ellas por separado.

El fin que se les había encomendado, el trabajo, fue para los esclavos la trama de su existencia. En la recolección de algodón, en la tala de árboles, en la construcción de ferrocarriles, asimilaron su espíritu musical al ritmo de la faena efectuada y crearon, de modo espontáneo, las «work songs». Eran cantos muy simples en que la melodía pentatónica y la letra ruda y tosca, repetidas insistentemente, se subordinaban por completo al ritmo del trabajo. Podían ser tanto individuales como colectivos; estos últimos adquirían con frecuencia celebridad y, moldeados

sucesivamente por los cantantes, se convertían en canciones famosas como «John Henry», a las que la tradición otorgaba un sentido social determinado.

Más allá del trabajo, los esclavos, pertenecientes a una raza que en aquellas circunstancias les degradaba en la esfera humana, tenían un solo horizonte: la muerte. Su presencia inminente e ineludible les empujó a implorar una vaga salvación al Dios de los blancos. Abandonados a su suerte por las imponentes divinidades africanas, intuyeron en El la verdad y el poder. Se aferraron a El y su lenguaje espiritual acentuó musicalmente su carácter desgarrado y estremecido al revivir en sus mentes el antiguo crepitar de los tambores y cantos y danzas colectivas. Con ello se creó una rama folklórica típicamente religiosa, dotada de variados aspectos.

La más antigua manifestación afronorteamericana de este cariz es el «Shout». Estriba en una especie de danza en fila india en la que adquiere un relieve preponderante el golpear de manos y el arrastrar los pies de acuerdo con un ritmo de progresiva pujanza. Un solista acostumbra a entonar una frase coreada por los demás dentro del típico sistema «Call and response» (Llamada y respuesta), ampliamente perceptible en todo el folclore negro y en el jazz en general.

Así como el «shout» es practicado cada vez en menor escala, el hot «preachin» es aún hoy día una palpable realidad. Se conoce con este nombre el sermón de los predicadores negros declamado en una forma muy rítmica y coreado por la congregación de modo cada vez más musical.

Los «spirituals», o canciones populares de significado religioso, surgieron primitivamente adaptando los himnos blancos al canto vocal negro. Más tarde, se originaron más frecuentemente en las iglesias y recibieron el nombre de «gospel songs» o cantos evangélicos, dotados de un ritmo más vigoroso y alejados por completo de la influencia europea. El «gospel» es cultivado profusamente en nuestros días. Cantantes como Mahalia Jackson y Sister Rosetta Tharpe y conjuntos como «The Spirit of Memphis Quartet», «Dixie Humming Birds», «Bells of Joy» y «Original Five Blind Boys» han alcanzado un merecido éxito en la interpretación del «gospel».

El temperamento musical de los esclavos inundó su vida tanto en los ratos de trabajo y culto religioso como en los de ocio y diversión. Por las noches, en el marco triste de las plantaciones, cantaban quedamente en pequeños grupos acompañándose de un banjo o guitarra, algún tambor y los «bones» (huesos pulidos

